

# Papeles del 450 aniversario

nº 49

Colegio Ntra. Sra. de los Infantes

9 de mayo 1557 a 9 de mayo de 2007

*Discurso pronunciado por Luis Alba González el día 29 diciembre de 2006, en ocasión del reestreno del Canto de la Sibila en la S.I.C.P. de Toledo.*



Nos encontramos aquí reunidos en este incomparable marco de nuestra Catedral, buque insignia de los monumentos toledanos, donde podemos decir con el poeta: “todo es júbilo hoy en la gran Toledo”.

Sí, porque en estos días de fiestas entrañables durante las cuales los cristianos conmemoramos el misterio mas grande de la historia de la humanidad, el nacimiento del Niño Dios, asistimos a la recuperación de una antigua tradición perdida hace muchos años conocida con el nombre de “el canto de la sibila” .

Haciendo una breve síntesis en los pocos minutos que dispongo, nos hacemos la siguiente pregunta: ¿Cómo celebraba nuestra Catedral el

ciclo navideño? Se iniciaba el 6 de diciembre, día en el que la iglesia celebra la fiesta y muerte de San Nicolás de Bari llamado así por conservarse sus reliquias en dicha ciudad italiana, y terminaba el 28 de diciembre, día de los santos inocentes, por extraño que nos parezca.

El 6 era la fiesta del obispillo, basada en la singular elección de San Nicolás como obispo de Mira en el Asia Menor, al ser el primer presbítero que se acercó a la iglesia en la mañana de un día fijado por la asamblea de obispos de aquella región, y también el día que este santo viaja de España a Holanda para llevar regalos. Del nombre latino *Sanc-tus Nicolaus* proviene *Santa-Claus*, hoy sustituido con esa figura insulsa y laica de Papá Navidad; así, en el trascoro y con una parafernalia digna del momento, de entre los clerizones, seises y acólitos de la Catedral era dado a conocer el nombre del obispillo elegido por su comportamiento o buena aplicación en sus estudios.

Al chico proclamado se le revestía con los atributos episcopales y era acompañado por todo el cabildo y clero Catedralicio hasta su asiento, bien a la izquierda o a la derecha del sitial arzobispal del coro. El mandato del obispillo terminaba el día 28, fiesta de los Santos Inocentes, y era entonces cuando todo volvía a la normalidad.

Lo divertido del día final de esta fiesta es que los papeles iban a cambiar; los canónigos se iban a vestir de clerizones y acólitos -hasta uno de ellos se vestía de perrero- y ese grupo de niños y jóvenes iban a ocupar los altos cargos del cabildo catedralicio. A las primeras vísperas, el obispillo se sentaba en la silla arzobispal. Acabadas las mismas -cito textualmente-“descompondrá el obispo y quedará hecho clerizón como antes era”.

Debió ser una fiesta curiosa y entrañable donde, además del trasfondo simbólico, se demostraba que desde el deán hasta el más jovenzuelo de los monaguillos formaban un todo y que alguien expresó con el siguiente cantar:

“A un mismo tiempo tosieron  
El Deán y un monaguillo  
Y este exclamó: ¡que catarro!  
Tenemos todo el cabildo.”

La fiesta sería suprimida en la segunda mitad del siglo XVI durante el pontificado de Bartolomé de Carranza, en pleno proceso inquisitorial

contra su persona aunque hubo alguna que otra celebración esporádica hasta finales del siglo XIX como relatan algunos toledanos de la época.

Pero lo que de verdad centraba la navidad era el “Canto de la Sibila” en esa noche alegre del día 24. Hemos de hacer una referencia en cuanto a los cultos religiosos de la Nochebuena en la ciudad: eran los celebrados en la iglesia de San Pedro Mártir, primero como convento de frailes dominicos, después como establecimiento de la Beneficencia provincial, y en la parroquia de San Vicente, sin duda la de más categoría de todas las toledanas, donde agrupaciones musicales de jóvenes preparaban la misa de gallo con ceremonias muy solemnes. Pero sería el templo catedralicio el que destacaría sobre las tres.

¿Quiénes eran las sibilas? El nombre viene del griego “*sibula*” y es sinónimo de mujeres con poder de adivinación basándose en fenómenos naturales.

La primera de ellas fue la de Eritrea y a partir de ahí se multiplican y se extiende su fama hasta todo el Imperio romano. Representaciones de cuatro de ellas las tenemos muy próximas a nosotros. Se encuentran en la antecapilla de la Virgen del Sagrario, como saben llamada de Santa Marina por la pintura que representa a dicha Santa gallega en el altar del lado izquierdo, también llamada capilla de los doctores, pues sus capellanes debían ser doctores o licenciados por alguna de las cinco universidades españolas seleccionadas o bien la italiana de Bolonia.

En los arcos de medio punto de los muros laterales de esa capilla decorados con frescos de Carducho y Caxés están cuatro sibilas: la Egipcia, con su profecía “nacerá Dios de una Virgen”; la Frigia, que dice: “será proclamada Virgen”; la Libia: “morará en el vientre de una virgen”, y la Europea con su cartela: “saldrá de las entrañas de una virgen”.

A pesar de estas representaciones del siglo XVII, al cristianizarse su figura siglos antes, quedaría reducida a una sola que es la que anunciaría la venida del Mesías.

La aparición de esta pequeña pieza de drama litúrgico poético-musical pudo tener un origen mozárabe y toledano, según algunos autores, tanto en su música como vestidos y danza, y puede ser datada a finales del siglo décimo y debido a la aproximación al año 1000 o incluso hasta 1033 fechas respectivas del nacimiento y muerte de Cristo cuando un sentimiento del final del mundo y la idea del Juicio final produjo un terror colectivo en los pueblos cristianos europeos, lo cual iba a originar

un desarrollo iconográfico del tema en las iglesias y la aparición del canto de la sibila.

En cuanto a su representación, aparte de Toledo, encontramos testimonios escritos en un ceremonial de la Catedral de Vich de 1446 o en el mismo siglo en el de la Catedral de Gerona. Originalmente su representación era en lengua latina, pero en seguida por razones didácticas, se traduciría a versiones vernáculas difundiéndose por diferentes países de Europa.

La primera de las versiones en español la encontramos en el cantoral del antiguo convento de monjas benedictinas de Cuenca, hoy en paradero desconocido y en el libro ceremonial de esta Catedral toledana de 1585, en la Sociedad Hispánica de Nueva York.

Estamos, pues, ante una de las dramatizaciones medievales del ciclo de la Navidad, que arraiga profundamente en la Península Ibérica hasta que el concilio de Trento desaconseja su representación, aunque esta medida no se cumplió a rajatabla. Hoy se sigue haciendo en Mallorca; por citar una iglesia concreta, en la parroquia de Santa Eulalia de Palma y en la Catedral de dicha ciudad, y cuya Comunidad Autónoma ha declarado esta representación Bien de Interés Cultural; también se hace en la Catedral de Barcelona.

En esta Catedral Primada se siguió celebrando hasta 1835. Treinta y dos años más tarde, en 1867 de nuevo se reanudó; su promotor, el entonces Deán y director del Boletín del Arzobispado, José Pedro Alcántara Rodríguez, quién puso un enorme interés habiendo publicado posteriormente, el día 28, en el citado Boletín, una pequeña crónica del acto donde se lamenta y dice como “desde que cesó el oficio Toledano y se comenzó a hacer uso del Romano no se había omitido la ceremonia de la Sibila hasta que por las circunstancias de los tiempos, la obra y fábrica de esta santa iglesia no pudo soportar los gastos de la Capilla de música”.

Siempre fue una noche grande, la de Navidad en esta Catedral. Todo se salía de la norma ordinaria. Lo primero el tañer de campanas a Maitines, que se hacía a medianoche, era adelantado a las diez y tocaban durante una hora. Al comenzar el rezo del primer nocturno, dos monaguillos con sendas bandejas de plata repartían a todos los asistentes, clero y fieles, los impresos con los villancicos que se iban a cantar en esa noche alegre. El primer impreso conocido es de 1595. Su autor como era habitual, el maestro de capilla en ese momento, Esteban de Zafra. Los

imprimió Juan Ruiz, modesto impresor toledano que inicia su andadura profesional precisamente ese año. Los últimos villancicos impresos son de 1820.

Recordemos algunas de las estrofas de ese primer villancico impreso:

“Esta el santo Rey  
En un pesebre echado  
Para que el pecado  
Huya de su grey  
Una asna y un buey  
Tiene alrededor  
Siendo Redentor

Su madre sagrada  
Llora a maravilla  
Por ver la casilla  
Toda destejada  
Con tan recia helada  
Tiembra este Señor  
Aunque es Redentor

Ángeles venían  
Al pobre portal  
Cantar celestial  
Al Niño decían  
Bailaban, tañían  
Yo bailé mejor  
Ante el Redentor”.

Estos villancicos, que no se cantaban solo en Navidad, sino también en las fiestas del Corpus y Virgen del Sagrario, a veces sus letras estaban escritas en otras lenguas vernáculas españolas e incluso extranjeras como italiano o portugués, pero en la versión que hoy diríamos *itañol* o *portuñol*. No me resisto a decirles unas líneas de un villancico de 1713 siendo maestro de capilla Miguel de Ambiela.

Canta un portugués:

“Deus me valga, que mi Niño  
Sendo portugués, hoy tembra

Ainda sendo portugueses  
Valentes en toda terra  
O pulidiño, namoradiño  
Choray norabuena.”

Y decía el coro:

“Escuchen, atiendan  
Que es razón,  
Que el infante nacido  
Con el se divierta”.

Con esta variedad lingüística en la interpretación de villancicos (incluso se hicieron en calé, bable y Spanglish) se manifestaba la grandeza de esta Catedral Primada junto a la de sus arzobispos, procedentes no solamente de Francia y Flandes sino de diferentes partes de España, como fueron asturianos, catalanes, andaluces, extremeños, gallegos, navarros, castellanos, leoneses, valencianos y hasta un centroamericano de ascendencia española. Se cantaban ocho villancicos con sus arias, coplas, estribillos, tonadillas y pastorelas.

Acabada la 4ª lección de maitines salía de la sacristía la Sibila, es decir un clerizón que debía tener muy buena voz, vestido de mujer. Ricamente ataviado con túnica y manto de lamé de plata. El trabajo de vestirle era realizado por el claustrero (con este nombre se conocía al maestro de melodías que recibía por este trabajo 1 florín, moneda de plata equivalente a 2,50 de las antiguas pesetas.

Sobre el hombro izquierdo llevaba cosido un tarjetón con los versos de la Sibila. En la cabeza una especie de tiara o mitra y en la mano la partitura con letra en castellano de los versos. Le acompañaban otros cuatro seises: dos vestidos con albas y estolones coronando sus cabezas con guirnaldas de flores y sosteniendo cada uno de ellos en su mano derecha una espada con la punta hacia arriba. Representaban ser ángeles. Los otros dos, vestidos con traje de coro de largas colas, llevaban hachones encendidos para iluminar la escena.

Antiguamente entraban en el coro pero más tarde se cambió el lugar para visualizar mejor la escena, colocando delante de la capilla mayor un pequeño estrado junto al púlpito de la izquierda.

El clerizón Sibila cantaba a capela. Después venía la danza cruzando sus espadas los dos vestidos de ángeles, mientras el coro cantaba el estribillo con acompañamiento de órgano u otros instrumentos. Así se repetía varias veces. Al final bajaban del estrado y entraban en el Coro por la puerta del Deán y salían por la del Arzobispo.

Después empezaba la misa del Gallo celebrada por el semanero, diácono y subdiácono que entraban a la capilla mayor por uno de los dos llamados postiguillos, abiertos en los laterales del sepulcro de Mendoza.

Acabada la misa e iniciado el canto de laudes, los clerizones seises y acólitos se vestían de pastores, subían al altar mayor, saltando y corriendo de una parte a otra.

Recitado el último salmo de Laudes comenzaba un diálogo cantado entre el coro y los pastorcillos preguntándoles: “¿A quién visteis?”, y estos contestaban: “vimos al Niño”, acercándose cada vez más desde las gradas de la capilla mayor hasta entrar en el Coro donde se cantaba un villancico. Inmediatamente después comenzaba la misa de la Luz, después llamada de la Aurora que se decía en el altar del Coro.

En la mañana del 25 tocaban las campanas a Prima a las seis y treinta de la mañana y después de la procesión de tres estaciones, en la capilla de San Ildefonso, Virgen del Sagrario y Puerta del Perdón comenzaba la tercera misa, la más solemne, la de la Natividad.

Hoy vamos a asistir a esta representación después de tantos años de ausencia y en unos momentos muy especiales, la apertura del 450 aniversario de la fundación del Colegio de Infantes tan unido a todas estas celebraciones que hemos mencionado.

Hago más las palabras escritas entonces por el deán José Pedro Alcántara: “esta ceremonia ha sido del mayor agrado en la ciudad, después de haber estado interrumpida algunos años por efecto de apremiantes circunstancias que hasta ahora no ha sido fácil superar; el concurso de fieles ha sido numerosísimo y el silencio y la compostura que han observado han acreditado que el pueblo de Toledo permanece adherido a

las prácticas de sus mayores”. En mi opinión, esta nueva representación que vamos a contemplar supera a la que pudieron ver nuestros ancestros.

Termino este repaso sucinto y anecdótico de fiestas navideñas en la Catedral con la transcripción del villacínco primero en la Navidad de 1774 siendo maestro de capilla Joan Rossell:

“Montes de Palestina  
Collados de Judá  
Sonad la alegre nueva  
Decid la novedad  
Y en ecos sonoros  
La admiración llamad  
Cabaña pastoril  
Dormido rabadán  
Venid, oíd, venid  
Correr, llegad, volad  
Que ya nació en Belén  
El tierno mayoral  
A quien la salva hacen  
Con dulce suavidad  
Del céfiro, susurros  
Estrépitos, del mar  
Diciendo en selva y monte  
En ayre, fuego y mar  
Gloria en el cielo, gloria  
Paz en la tierra, paz.”

**LUIS ALBA GONZÁLEZ**  
Académico numerario de la R.A.B.A.C.H.T.